

esther seligson

electra

Tenia miedo de moverse, de hacer cualquier gesto que trajera consigo al murmullo de los muertos, decir cualquier palabra que removiera el silencio e hiciera estallar sus gritos de ultratumba. Inclineda, con la frente sobre la piedra, Electra aguarda que la noche venga a apagar su sed culpable de vida, que la oscuridad cubra ese deseo de amor que le hace olvidar su misión de odio y venganza.

Amaba la noche, creía en el poder de las sombras, en su capacidad de velar y diluir ese impulso hacia la luz que redescubriera en sí misma una mañana. inclinada sobre la piedra, cuando la lápida blanca reverberó y un espejismo de aguas, de mares azules, le hirió los ojos y despertó en su sangre la añoranza de una dicha antaño gustada. Bajo el sol del mediodía, entre los pliegues de la burda lana, Electra supo que era joven y que el llamado de su piel era como la suave humedad morena del vello de su pubis. El secreto de su virginidad la estremeció, y, por primera vez, renegó de las diarias ofrendas, de los lloros y libaciones; por primera vez se vio regresando al cuerpo de la madre, entregándose a sus manos de mujer, a los mimos que, de niña, le otorgaran. Tenía miedo de moverse, de despertar en la memoria de la carne otros murmullos ajenos a la letanía mortuoria, de hacer surgir el rumor de palabras dis-

tintas a las que relataban el crimen, palabras que la luz hiciera vibrar en sus oídos aquella mañana, subitas, como surgidas del fondo de la piedra.

— ¿De verdad la recuerdas? Imposible, dijo la Nodriza. Tú eras aún una niña cuando ella se fue.

— La recuerdo. Recuerdo sus breves pechos bajo la túnica, el temblor de sus muslos buscando ya el embate del guerrero.

— Eras apenas una niña, ¿cómo hubieras podido saber?

Bajo el sol del mediodía Electra gime recordando la blancura del lecho donde dormía con ella, la dulce, la fiera Ifigenia cuerpo de gacela, la que inventaba juegos y anhelaba tierras de aventura, la que dejaba esparcido el cabello sobre la espalda, roja llama de oro, y bañaba sus senos con pétalos frescos. Gime, inmóvil, abrazada a la tumba, sofocando la rabia que quiere estallar contra esos dioses y ese padre que le han arrebatado de un golpe hermana, madre y hermano, niñez y adolescencia y nupcias también. Y apela a las sombras y huye de la Nodriza porque no la contradiga y empañe sus recuerdos.

— La recuerdo. Recuerdo la avidez con que me exigía mirar su desnuda belleza, la presión que sus dedos imprimían a mis muñecas cuando obligaba a mis manos a ceñir su cintura, a di-

bujar sus caderas, a subrayar el hundimiento de sus nalgas, adentrarse bajo el ligero montecillo rubio.

— Mientes Electra, deliras. Siempre fuiste niña de inquietos dormires. Llamabas a tu madre y rechazabas sus brazos, golpeabas el pecho de tu padre si te alzaba en vilo. Arisca, incluso conmigo peleabas.

Electra no niega. Quizá la Nodriza lleva razón, quizá confunda la partida de Ifigenia con el encuentro de aquella joven esclava que empezó a acompañarla tiempo después, o con las imágenes que, antes del asesinato del padre, venían una y otra vez a su sueño, siempre agitado, en efecto. Quizá el olor que su olfato busca al amanecer entre los desperdicios que pudre el mar, no sea únicamente un ahogar los perfumes de los inciensos que durante las noches arden en las alcobas de palacio, sino un recuperar aquel salado vaho acre que desprendían las axilas de Ifigenia y el vello entre sus muslos después de corretear y revolcarse en las arenas como si hubiera querido contagiarse de su blancura y suavidad. Sí, corre, corre tú también buscando en el aire al espíritu arrebatado del altar por la Diosa. Corre, a ver si tus cabellos se impregnan de sal y se agría tu piel, y se te rinden de cansancio los miembros y logras acallar las voces que reclaman tu presencia al borde la tumba, las voces que te alimentan la espera de Orestes, voces que hoy se te mezclan con palabras lejanas, palabras de que alguien te murmura al oído pero hablándolas a otras persona, oyéndolas sólo tus dedos, sólo tu lengua, sólo el placer que aprendían a procurar, a dosificar, a desencadenar. Corre, corre Electra, que no te alcance el recuerdo de sus labios entreabiertos, el leve sonido de su queja, de sus gozosas contorsiones, el aroma de sus pechos, la salsedumbre de su vientre.

— La recuerdo. Recuerdo cuando nos tendíamos en el lecho salpicado de almizcle —cuando tú, Nodriza, habías untado su cuerpo con miel para alejar el mal de ojo y, ¿por qué no decirlo?, para hacer de él un presente nupcial— y ella entonces me apretaba a su lado, silenciosa, y acariciaba mi pelo y llevaba suavemente mi boca hasta sus pezones mientras sus dedos me palpaban cuidando no hacer daño, cuidando no romper lo que ella también guardaba intacto, intacto y ansioso de fállicos rituales.

— Eras apenas una niña, ¿cómo podías saber?

— ...y era tan dulce, que se te venían las ganas de llorar.

Lo sabías Electra, claro que lo sabías, como que no era un juego para ti, como que a veces el insomnio horadaba tu pupila porque, además, querías entender dónde, detrás de esas caricias y de ese abrazo, se escondía el dolor y cuándo y por qué iba a hacer presa de ti. De lo que sí realmente no sabías era del





tiempo, de su fugacidad, de cómo va llenándose de futuro. Cada día se cerraba y se abría perfecto, todo él volcado hacia tu interior, con un color distinto cada vez y un sonido peculiar según se levantara el humor de Ifigenia. Días redondos como naranjas, sin fisura alguna, y cuyo zumo bebías hasta el último respiro, sin contar, sin nombrar; las cosas estaban en su sitio y los seres tenían su lugar, cada gesto era una ofrenda consagrada, cada movimiento formando parte de un único impulso total. Entonces no preguntabas cuál era el sentido de la vida, de su inmenso rumor, de su incansable huida, eras como la rama de un sauce agitada por el viento, acariciada, balanceada, ascendida, limpios el rostro y la mirada, y, a tus pies, las aguas traían el eco de golpearas más vastos, de eternidades en las que tú vivías inmersa sin ser tú, sino todas las doncellas que en ese recodo se hubiesen sentado a contemplar el choque de las ondas dulces en su encuentro con el mar. Y tu piel se abría, se abría como un largo abrazo que aspira al ardor de la flama, al añil de las cimas, se extendía como las olas al pie de los riscos, nube púrpura que salpica su olor, tu piel abierta como una valva, deshojándose en la corriente.

Desde palacio, por el camino empedrado, viene la madre con su fúnebre cortejo. Pálida, ojerosa, los cabellos alborotados y el ropaje en desorden, radiante sin embargo, confundidos en su andar recién arrancado al sueño, la voluptuosidad de las caricias nocturnas y el temor de la pesadilla que la obliga ahora a descender hacia la tumba con una ofrenda que apacigüe el funesto presagio. Inclínada, con la frente sobre la piedra, Electra escucha el roce de sus pies descalzos, el frotar de la seda que la envuelve bajo los vestidos negros, y un enorme hueco se le hace dentro, un hueco que la traga y sumerge en una desolación anquiladora, en un desaliento que es amorosa necesidad rendida de antemano, temblor y rechazo. Un olor a manzanas agrias se desprende del cuerpo cada vez más cercano. Sabor de manzanas en la saliva acidulada, espesada por los muchos y prolongados besos, áspera resequedad de corteza de uva en la garganta, grueso gotear de las yemas reblandecidas... recostar la cabeza y aspirar del seno materno el calor de la vida... reconciliarse, reconciliarse con ambas... Demasiado tarde. Su tarea es odiar, rechazar con violencia cualquier signo de amor y vengar, en ese cuerpo aún vivo, no tanto el crimen contra el padre, como la insaciable necesidad de gozo que todo él irradia, al igual que el de la hermana, y que el de ella misma. Esa era su herencia, esa la voz que habría que acallar. Muerta la madre, huérfana al fin, empezaría a acumular memorias y recuerdos, sin vergüenzas, y podría también sobornar a la Nodriz.



— A ti te falta un hombre, Electra. Aquellos juegos eran cosa de niñas y lo otro lo has inventado. Las palabras que quieres creer escuchar son las mismas eternas voces del amor y del deseo, las mismas que Egisto murmura al oído de tu madre, las que Ifigenia esperaba de labios de Aquiles, las que yo te canté amamantándote, las mismas que tañía la esclava recitando al poeta. Te engañas, sueñas.

Fue la desnudez del padre lo que más la impresionó. Atrapado en la malla que habían echado sobre él, los esfuerzos por apartarla de sus carnes lo desnudaban tan cabalmente que Electra sintió el rubor cubrirla por entero. Nunca hubiese sospechado que estuviera hasta tal punto desnudo el cuerpo sin ropas de un hombre, ni que esos movimientos de presa acorralada fueran a manifestar tanto miedo y tan poca gallardía. Tampoco supuso jamás que así lo aprendería, y no porque amara en forma especial a su padre, en realidad le temía, era brusco, torpe cuando intentaba acariciarle la mejilla, violento cuando abarcaba a la madre por la cintura o tiraba de las faldas de las esclavas. ¿Estaría el cuerpo de Egisto, en el momento en que le hundiera Orestes el hierro en mitad del vientre, tan igualmente desnudo? ¿Y la desnudez de la madre? Era suave, tibia al tacto y blanquísima a la vista. ¿Acaso no recordaba Electra haber

respirado ese color alguna vez? Hoy sólo siente que ese andar nervioso y esa mirada de insomnio, ese desvalimiento de víctima, pueden despojarla a ella aún más, de la tumba en primer lugar, del recuerdo del padre tan escrupulosamente elaborado, de su odio, y, entonces, vacía, vendría a estallarle dentro su loco deseo de luz y de vida.

Las doncellas se apartan y Clitemnestra se yergue ante su hija. Lánguido, el sol empieza a rayar. Condenadas a la exacta visión que la una descarga sobre la otra, no perdonarán el conocerse tan a fondo y no poder tocarse, enemigas por lo mismo que saben y llaman con distinto nombre. Ambas se miran dejando que a las pupilas suban aquellas voces imposibles de expresar. "Con toda tu majestad a cuestas, no eres más que una esclava bajo el peso del espasmo masculino; el perfume más penetrante no logrará borrar el olor que despides al apartarte del hombre, vencido tu porte de reina..." "Me echas en cara tu virginidad como si ella fuera tu garantía de juventud, pero te he oído gemir con jadeos solitarios como risa de niño entre lágrimas; en mi sensualidad detestas tu propia lujuria, en mi corona, tu ambición sojuzgada, y en estas esclavas que me acompañan, los dedos y los labios que sabrían deleitarte; en vano levantas tus odios hacia mí, yo he medido el crecimiento de tus senos entre mis manos y conozco la temerosa fascinación que el varón te provoca..." "Es a ti a quien temo, tu belleza es la que me hechiza y empuja al mal; la inconciencia de tus joyas y afeites me ahoga, como me ahoga la solicitud con que envuelves a Egisto, la misma pegajosa solicitud con que entregabas a Orestes en manos del Ayó y a Ifigenia en brazos del héroe; detesto la caricia que me niegas, los cuidados que prodigas a un ajeno, y amo, en cambio, sí, amo en el padre asesinado el odio que antaño le tenías y que te empujó a matarle..."

Electra calla, inclinada sobre la lápida, sola, inmóvil. Las voces han callado también, y en el silencio de la tarde deja que las manos del viento le acaricien el cuello como si fuera el beso de la madre en la nuca, la risa de la hermana entre los cabellos tras la oreja, el adiós del hermano perseguido por las Furias, que la bese, en fin, el murmullo de la soledad, del quieto desamparo de los muertos, sin memoria, sin recuerdos, fundida junto con ellos a la obediencia de ese orden cósmico que adquiere todo su peso al caer la noche, resignada la carne, entregada sin defensa a la justicia de las fuerzas nocturnas, disolvente mudez de la tiniebla. 